



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE
SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE202108

EDITORIAL

Seamos humanos

Con la pandemia, nuestra hasta ahora reprimida relación con la muerte se ha vuelto algo cotidiano. Pero, al mismo tiempo, el virus nos ha arrebatado dos momentos humanos y propios de las sociedades civilizadas: el acompañamiento y el rito fúnebre.

Hay de hecho una emergencia de relaciones que se ha de gestionar junto con las emergencias sanitaria, económica y social. Hemos vuelto a vivir en nuestras casas, que se han convertido en el epicentro de los cuidados y también en oficinas, colegios y parroquias para los creyentes. Y confinados en nuestros hogares, nos hallamos tan aislados como lo podemos estar en los hospitales donde el virus también ha golpeado a quienes intentan humanizar una situación inhumana, es decir, al imprescindible personal sanitario.

Por eso, en este momento difícil que no sabemos por cuánto tiempo se prolongará, y en los días de la Pascua cristiana, fiesta que celebra la resurrección, optamos por hablar de la muerte, como una condición no contraria a la vida, y de la vida después de la muerte. Lo hacemos además porque siempre han sido las mujeres las que han asistido a las transiciones fundamentales del nacimiento y de la muerte, las que han sido las depositarias de los ritos y las que realizan funciones éticas y espirituales, tanto en el ámbito privado como en el público.

Todo tiene su tiempo. Tiempo de nacer y tiempo de morir. Así lo señala el Eclesiastés, así pauta el ritmo de la vida humana. Hay un momento para todo y lo que sucede a lo largo de la vida ha de aceptarse como algo natural. Mientras una generación se marcha, otra llega.

Hoy vivimos una situación paradójica. Una persona muere, pero continúa viviendo no solo en la memoria privada. En nuestros teléfonos móviles conservamos para siempre las sonrisas de quienes nos precedieron e Internet se ha convertido en una gran plaza donde conmemorar y compartir nuestros recuerdos. Pero hay quienes mueren y son enterrados sin que se conozca siquiera su identidad, como aquellos ahogados en el mar a los que solo se les atribuye un número. Tres mujeres se encargan de devolver un nombre a los naufragos del Mediterráneo, de recordarlos haciendo menos anónima su tumba. Y de una mujer son las palabras dirigidas al mundo desde el pequeño cementerio de Lampedusa:

*«Estar de luto por la muerte
de quien no hemos visto jamás /
implica un parentesco vital
entre sus almas y la nuestra /
Por un desconocido / no lloran los desconocidos»
(Emily Dickinson)*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Nacer y morir, cosas de mujeres

DE CHIARA GIACCARDI

El milagro del nacimiento no puede tener lugar sin que el cuerpo de la mujer se convierta en un útero acogedor y protector hasta que se alumbró.

En momentos cruciales, la mujer que da a luz recibe el apoyo de otras mujeres. De su madre, de sus hermanas, de las amigas o de las vecinas. La matrona es una mujer. La feminidad es generativa y mayéutica. El comienzo de la vida se hace posible tocando el vientre con las manos, dando abrazos, animando con las voces, los cantos, las oraciones y los gestos. Es, en definitiva, demostraciones del cuidado femenino. Y así se repite en todas las culturas a lo largo de todos los tiempos.

La historia de la Salvación comienza así, a partir de una encarnación, del paso por la puerta estrecha del cuerpo de una mujer y desde la ternura de la delicadeza materna. Quizás por la misma razón, como dice el dicho de una isla de Guinea Bissau, “las cosas de la muerte son cosas de las mujeres”.

Y también, en la historia de la Salvación están las mujeres que cuidan de Jesús cuando va a morir (**Verónica** que enjuga su rostro camino del Calvario), le acompañan fielmente en su vía crucis, le esperan al pie de la cruz (las tres **Mariás**), lloran sobre su cadáver (como vemos en la rica iconografía del lamento sobre Cristo muerto, de **Giotto** a **Mantegna**), asisten a su sepultura y reciben el anuncio de la resurrección del ángel.

Las mujeres dan testimonio y anuncian el milagro de la salvación, que es para todos: nacimiento, muerte y resurrección como pasos de un solo camino, donde la muerte es un puente entre la vida mortal, en el tiempo, y la vida inmortal, en la eternidad. Es a las mujeres a las que se les entrega este misterio; son ellas quienes lo atesoran con su capacidad de generar y dejar partir, confiando a la vida el fruto de su vientre. Una dimensión teológica que une el cuerpo y el soplo del espíritu, la tierra y el cielo, el principio y el fin y lo eterno en un único y gran camino de Salvación. Hay muchos interrogantes abiertos aún sobre este Misterio.

Un viaje solos

En todas las culturas, el misterio de la muerte, del tránsito, siempre ha estado en el centro de una elaboración cultural colectiva. Pero, a partir de la modernidad, -que ha convertido en líquida esta cultura hasta hacerla pasar por infantilismo y superstición-, fracasa el marco de sentido dentro del cual interpretar y reelaborar esta dimensión ineludible de la existencia. Entre otros, lo escribió el sociólogo alemán **Norbert Elias** en *La soledad de los moribundos*: en sociedades que se definen como avanzadas, la gente enferma, envejece y muere cada vez más sola, aislada de la comunidad, en centros especializados que medicalizan el fin de la existencia. Así, se aleja a los enfermos y a los ancianos de la mirada

Si se concibe la muerte como una hermana y no como una enemiga, la perspectiva de la vida cambia

ajena, dejándolos a merced de la angustia. Una situación que la llegada del coronavirus ha acentuado aún más.

Es la dimensión del rito la que falla, esa forma particular de acción social colectiva cuya etimología está enraizada en la idea de orden, correspondencia y vínculo. El rito produce significado al vincular cielo y tierra, lo immanente y lo trascendente-, y dentro de esta alianza crea las condiciones para un vínculo más profundo entre las personas. Es un lenguaje que habla a través de elementos sensibles (el cuerpo, los símbolos), donde todo significa por sí mismo y más que sí mismo; una secuencia de gestos que conectan a la comunidad y a las generaciones en una historia compartida que persiste más allá de lo pasajero. Tal y como se llega al mundo gracias a los demás y con los demás, también la muerte debe ser acompañada. Sobre todo, son las mujeres las que presiden estos momentos de transición y transmutación.

Los ritos funerarios son ritos de paso y acompañamiento al tránsito, caracterizados por la triple estructura de separación/margen/agregación. Velar a los difuntos para procesar el desprendimiento, el rito de acompañamiento al entierro o las oraciones por las almas de los difuntos que pueden velar por los vivos desde su nueva condición, son parte de este esquema que organiza la vida social en sus momentos más cruciales. Pero también todas las costumbres que refuerzan el vínculo entre el mundo de los muertos y el de los vivos, como las presentes en muchas regiones de Italia donde se pone la mesa para los muertos en los días de noviembre dedicados a su memoria, se cocinan sus platos favoritos y se comparten recuerdos con el fin de mantener viva su presencia a lo largo de generaciones.

De esta forma, la muerte, que es también abismo y misterio, puede formar parte de nuestra vida cotidiana como un espacio de sentido. Es la invitación de la poetisa **Mariangela Gualtieri**: “Haz familiar la muerte viviendo en ella”. Los rituales son lenguajes para habitar la muerte, para familiarizarnos con ella, para transformar la herida de la muerte en un nuevo vínculo entre el cielo y la tierra, que también refuerza el vínculo entre los que quedan.

Cristina Campo habla en uno de sus poemas de este intenso y misterioso vínculo: “Nunca rezo por los muertos, rezo a los muertos. La infinita sabiduría y clemencia de sus rostros: ¿cómo se puede pensar que todavía nos necesitan? A cada amigo que se va, le hablo de un amigo que se queda; a esa cortesía infinita sin arrugas le asigno un rostro aquí abajo, torturado, oscilante”.

La secularización ha derrumbado el marco de sentido que conecta la muerte con la resurrección, mientras que



la individualización nos ha dejado solos para afrontar el momento del desapego, que se convierte en un fin, una nadificación, un disolverse de lo que se ha sido.

Banalizar el rito, vaciarlo o ridiculizarlo significa privar al individuo de un apoyo colectivo y de un horizonte de sentido, dejándolo solo consigo mismo, aplastado por la angustia y mudo, sin esperanza ante la muerte.

La eliminación del rito nos impide ver que la vida no es la vida real si lo que se pretende es eliminar la muerte de su horizonte porque es una presencia incómoda. La vida es real si la muerte se asume como parte de la misma.

Dos milagros, una paradoja

A los “vivos” también se les llama “mortales”. Nuestra existencia se desarrolla entre el momento del nacimiento y el de la muerte, “nuestra hermana muerte corporal de la que ningún hombre vivo puede escapar”, como escribió San Francisco.

Nacimiento y muerte son dos milagros conectados. Son dos signos que siguen despertando asombro, estupor y turbación. Son dos rupturas de lo inaudito en la repetición de nuestra existencia que la transforman irreversiblemente. Son dos símbolos, dos momentos de una historia más grande, llena de misterio y esperanza para todos.

Si no hubiera vínculo, ni siquiera el milagro de la transformación de la muerte en vida, sería posible: padres que desde la pérdida de un hijo inician un viaje de renacimiento haciendo algo por los demás; traumas que, en lugar de destruir, abren una posibilidad de existencia

sin precedentes; y vidas donde haberlo perdido todo inaugura un nuevo paso y abre un horizonte de plenitud.

Por tanto, no debemos pensar en la vida y en la muerte como contrarios. Su vínculo es paradójico, no responde a la lógica ni principio de no contradicción. El Evangelio nos lo revela (quien esté dispuesto a perder la vida la encontrará) y también nos lo revela nuestro tiempo, cargado de dolor y muerte, sufrimiento y angustia, pero en el que también florece mucha humanidad, mucha resiliencia alimentada por el cuidado y la dedicación a los enfermos y a los más frágiles. Alguien ha perdido la vida, pero paradójicamente la ha salvado, la ha completado, tiene un sentido que no termina con la muerte del cuerpo, sino que permanece como una promesa de plenitud en la que otros pueden confiar. Un signo que nutre la vida.

Paradójicamente, este momento en el que la muerte no se puede eliminar, cuando todos los días desayunamos con datos de contagios y muertes, es un momento para la revelación de una verdad sobre la vida. **Etty Hillesum** lo escribió en su Diario: “Ahora sé que la vida y la muerte están estrechamente ligadas entre sí”. Dos caras de una misma realidad que nos hermanan a todos en un destino común. Si concebimos la muerte como una hermana y no como un enemigo, nuestra perspectiva de la vida cambia. Si las dos van de la mano, y si el vínculo no es de exclusión, sino de unión paradójica, es posible un cambio de perspectiva, especialmente cuando la muerte se hace notar más, como ahora.



Mientras tanto, desde el ángulo de la muerte, la vida no aparece como un hecho, sino como un regalo. Como condición de transformación, de ese dinamismo que pasa por la muerte para afirmar la vida (solo el grano que muere da fruto). “¡Muere y conviértete!”, escribió **Wolfgang Goethe**. Y **Rainer Maria Rilke** afirmó: “La gran muerte que cada uno tiene en sí mismo / Es el fruto en torno al que todo cambia”.

Mientras que considerar la muerte desde el punto de vista de la vida genera angustia, considerar la vida desde el punto de vista de la muerte nos hace ver más vida, le da una nueva amplitud a nuestra existencia que, con demasiada frecuencia, está aplastada en un horizonte de urgencia e inmanencia, es monocroma y apagada. Como en los versos de **Patrizia Valduga**: “Señor, dale a cada uno su muerte, de todo ello revertido por la vida; pero danos la vida antes de la muerte, en esta muerte que llamamos vida”.

Hay una vida mortal y hay una muerte vital. Separarlas y quitar la muerte, contrariamente a lo que hemos creído, no es bueno para la vida. El científico y filósofo jesuita **Teilhard De Chardin** lo expresó así: “La muerte es responsable de practicar, incluso en lo más profundo de nosotros mismos, la apertura necesaria”.

Y **Etty Hillesum** también lo reconoce en su diario: “La posibilidad de la muerte se ha integrado perfectamente en mi vida y la hace más vasta precisamente por eso. Porque, he aceptado el fin como parte de mí misma. Casi parece una paradoja: si se excluye la muerte, nunca se tiene una vida completa; y si la aceptas en tu vida, esta última se expande y se enriquece”.

Ahora que la muerte no puede ser excluida, que nuestros delirios de omnipotencia han sufrido un revés, que hemos entendido que estamos todos unidos (hizo falta un virus para darnos cuenta) y que necesitamos encontrar juntos un sentido, quizás podamos echar un nuevo vistazo a la vida. Y aprender el movimiento que propone Cristina Campo en uno de sus versos: “Con corazón liviano y con manos livianas, la vida toma y la vida deja”.

El lugar del retorno

El concepto de paraíso del islam es un lugar inimaginable

Hay vida después de la muerte. Existe la promesa de un Paraíso que se logrará si hemos vivido con respeto y amor. También está la resurrección de los cuerpos.

Los musulmanes distinguen *la vida breve* de *la vida eterna*. Breve es la que vivimos aquí, y ahora, inmersos en el cansancio de la pandemia, en la rutina diaria del trabajo y el estudio y en los momentos de oración.

Eterno es aquello que se abre después de la muerte y que después de la primera vida terrenal seguirá siendo físico, carnal. El paraíso descrito en el Corán es otro lugar concreto. Tan hermoso que “no podemos imaginarlo”, explica **Izzeddin Elzir**, imán de Florencia, fundador de la Comunidad Islámica de Toscana y ex presidente de la Unión de Comunidades Islámicas de Italia. Según la narración islámica, “experimentaremos el paso de la muerte, pero volveremos a tener una vida. No sabemos cómo”. Y prosigue: “Ninguno de los que viven la vida eterna ha vuelto para describírnosla”.

En el libro sagrado del islam, el Paraíso, el Jannah, viene descrito como un lugar con exuberantes plantas y flores de todas las formas y colores, con deliciosos ríos de miel y vino. “Sí, vino, aunque para los musulmanes esté prohibido beber alcohol. ¿Qué vino será? La descripción del Paraíso despierta muchísima curiosidad”, explica. “Hay muchos versos en el Corán que hablan del Paraíso, pero prefiero recordar un dicho del profeta **Mahoma**, la paz sea con él, cuando dice que después de nues-

tra corta vida nos esperan cosas y lugares que nunca han sido visto y oído y ni siquiera pensado”. Pero, sobre todo, para los musulmanes, la transición entre la vida breve y la eterna tiene un único objetivo: “Ver el rostro de **Alá**. Esto será posible para quien, en esta breve y terrena vida, haya sido una persona piadosa”.

Para merecer vivir en la Jannah hay que haber vivido la vida en una adoración convencida: “No basta la oración de cinco minutos al día, no hay que limitarse “solo” a no hablar mal de los demás. Es necesario dialogar con el otro, trabajar, amar al prójimo, respetar el medio ambiente y adorar al Señor con acciones y no solo con cinco oraciones diarias”. El Imán de Florencia comenta: “Llámalo Dios o **Alá**, él es siempre el Misericordioso y el Clemente y debemos tender a Él”. **Izzeddin Elzir** destaca que “uno no debe tener miedo a la muerte”. Pero reconoce que “somos seres humanos. La vida que vivimos es corta para Dios, mientras que, para nosotros, los humanos, es una vida larga. Como cuando sentimos tristeza por el simple hecho de cambiar de ciudad, como cuando lloramos al despedir a la madre o al niño que nos deja, aunque seamos conscientes de que nos volveremos a encontrar, la muerte

es un momento trágico. En el Corán está escrito que quien sea golpeado por una “desgracia” que es la muerte, debe decir “de **Alá** somos y **Alá** volvemos” (Corán - Sura II, verso 156)”.

Palabras que para ser verdaderas deben ser dichas y vividas con fe profunda y convencida y recordando, —en el momento de la transición entre una vida y la resurrección la otra—, el “testimonio” del profeta **Mahoma** a través de la lectura de algunos pasajes del Corán. Un rito que en este terrible año de pandemia ha sufrido grandes limitaciones para los musulmanes: “Es importante que los que están a punto de dejar la vida puedan, si se puede, repetir el testimonio. Estamos seguros de que incluso en los momentos más complicados, los más difíciles de la enfermedad, cuando parece que están a punto de dejarnos y no son conscientes, son capaces de entender las palabras de quienes les rodean. Después, el ritual implica un lavado a fondo y la envoltura del cuerpo en una tela blanca. Así despedimos a nuestros hermanos en el islam”, apostilla **Elzir**.

El coronavirus ha cambiado alguna práctica, aunque no el principio de sacralidad de la vida del Corán: “En estas circunstancias, los médicos nos advirtieron de que lavar el cuerpo de una persona infectada implicaba la posibilidad de contagiarse. Por eso, una *fatwa*, una disposición de la ley islámica, estableció que los cuerpos quedaban exentos de lavarse. El rito se ha vuelto más sencillo. Se hace lo que se puede. La salud y la vida son lo más importante”. (**Elena Di Dio**)





EVANGELIOS

Las enfermeras del covid evocan a las 'Marías' de Jesús

La piedad infinita



DE ROSANNA VIRGILI. Biblista

En Italia se recuerda vivamente la foto de una enfermera dormida por agotamiento sobre el teclado de un ordenador en una sala del hospital de Cremona. Se convirtió en la imagen del abandono que remite a ese “sueño de los justos” del Salterio. Pero también remite a ese divino “letargo” que el Creador hizo caer sobre Adán cuando con él “hizo” lo femenino, “creó” a la mujer (Gn 2, 22), aquella a quien Adán le puso el nombre de Eva, porque “era la madre de todos los vivientes” (Gn 3, 20). Era el cansancio de quienes experimentan constantemente el dolor de la inevitabilidad de la vida, de la terquedad de seguir salvando las señales de primavera en los desiertos de los inviernos de la Historia. Tumba y útero, resiliencia y renacimiento y dolor y resurrección son uno con el cuerpo de la mujer cuando la vida está amenazada. Hemos visto a los trabajadores de la salud encontrar el tiempo para dar ternura a los hambrientos de aire y amor en cuidados intensivos; hemos visto a científicos aislar por primera vez el coronavirus; hemos visto a las jóvenes en la primera línea vacunarse como un ejemplo para animar a la gente a hacer lo mismo y, sobre todo, hemos visto la disposición a la lucha contra

un enemigo de la salud de todos. Hemos visto y vemos a hermanas, hijas, madres y amigas con el alma perdida y el corazón roto por la distancia con sus seres queridos porque ahora es impensable dar un beso o un abrazo. Las hemos visto y vemos con ellos en el acto supremo de morir que solo puede celebrarse estrechando la mano de quienes permanecerán unidos a nosotros para siempre, legados por el Amor, el hilo dorado de la eternidad.

Jesús también tuvo que morir sin aire. Por eso, la muerte del crucificado fue terrible. En la época romana, los crucificados eran esclavos o grandes criminales y su castigo era la máxima tortura que se puede aplicar a un ser humano. Como el cuerpo tendía a acumular todo su peso en los pies, el dolor de las heridas de las uñas de los pies se volvía insoportable. Por eso, el crucificado tendía instintivamente a levantarse y, por tanto, a presionar los pulmones provocándose la asfixia. La mayoría de las personas que colgaban del madero morían por falta de aire. El tormento debía ser tan grande que hasta los soldados sentían lástima por los condenados y les ofrecían vinagre a modo de anestésico, -que también ofrecieron a Jesús-, o les rompían las piernas para que su muerte fuera más rápida. Jesús, que tuvo como compañeros de martirio a dos malhechores, encontró calor humano en el buen ladrón. Y bajo la Cruz le esperaban una piedad de mujeres con los brazos abiertos para recoger su cuerpo, el cuerpo de un hombre condenado a muerte, para devolverlo a una vida más plena, al día siguiente del sábado. “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, clamó Jesús a un cielo suplicante y mudo (Mc 15,34). Cuando la fe se convirtió en abandono y Jesús se durmió como un niño, fue cuando sintió a ese Dios lejano como un Padre cercano: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). En el letargo de la muerte está la Esperanza.

¿Y las mujeres? Escuchan a los pies de la Cruz, lloran, esperan, resisten y dicen “aquí estoy” para abrazar ese cuerpo desamparado. Como el cuerpo del recién nacido y del amante es el cuerpo del moribundo entregado por amor. Perdido en el Amor. Las mujeres saben que ese cadáver esconde una chispa de vida que ellas mismas encenderán. María Magdalena lo hará en la mañana de Pascua, sacará el Cuerpo del Señor Resucitado de la tumba vacía. Un cuerpo que es nombre y voz, que ya no se puede tocar, aunque se quiera, ¡porque forma uno con el suyo! Un Cuerpo resucitado que es de Comunión, unido al de la Magdalena. “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (...) El que se une al Señor forma con Él un solo espíritu” (1 Co 6,15,17).

Otra María lo había hecho antes que Magdalena, hermana de Marta de Betania. Ella había consolado la soledad de Jesús cuya muerte estaba ya anunciada. Durante la cena, María derrochó un cántaro de nardos a los pies de Jesús. El ecónomo Judas se escandalizó entonces por ello. Pero frente a la cruz, ahora el precio de Jesús era el de un esclavo. Treinta denarios. María había gastado diez veces más. “¿Por qué este perfume no se vendió por trescientos denarios y no se dio a los pobres?”, protestó (Jn 12, 5). No podía entender que ese aceite no se usaba para ungir un cadáver, sino que consagraba el cuerpo de Jesús para el día de su Resurrección.

La hermana **Anna Agnese Rusconi** fue designada con el distintivo de *Cavaliere della Repubblica* por el presidente italiano **Carlo Azeglio Ciampi**. Ella, a sus ochenta años, seguía en Perú como misionera. Se marchó a Lima después de la Segunda Guerra Mundial siguiendo los pasos de dos tías suyas que eran monjas. Originaria de Valmadrera (Lecco), en 2006 regresó a Italia, a la casa de su congregación, donde murió el 4 de mayo de 2020. Tenía 98 años.

Rosalba Sacchi fue directora de Cáritas durante 13 años, de 1997 a 2010. Fundó la Casa Thevenin, que acoge y apoya a madres y a menores en situación de dificultad. La llamaban “la hormiguita de Dios”, por su cuerpo menudo y su labor incesante en beneficio de los últimos. Murió el 30 de diciembre de 2020 en Roma, en el hogar de las Hijas de la Caridad. Tenía 84 años.

La hermana **María Armida Simioni** era enfermera y una de las fundadoras del Departamento de Medicina de la Mujer del Nuevo Hospital de San Valentino en Montebelluna. Fue también jefa de enfermería del hospital de Correggio, donde conoció al cantante **Ligabue**, con quien entabló amistad. Amaba el fútbol y la Fórmula 1, la Juve de **Platini** y la Ferrari de **Alboreto**. Murió en Villa Salus, la casa de reposo de las hermanas de Mestre. Tenía 80 años.

Rosanna Bachis nació en Siliqua, en la provincia de Cagliari, donde ingresó en las Esclavas de la Sagrada Familia a edad muy temprana. En 1993, cuando la parroquia de Santa Maria della Pietà decidió abrir un centro para ancianos y confiarlo a su congregación, Rosanna fue enviada a Prato. Ha dedicado su vida al cuidado de las personas mayores. 28 años, incluido este último y durísimo año de pandemia. El virus se la llevó este 7 de febrero en La Melagrana de Narnali. Tenía 82 años.

Es justo reconocer que las religiosas que han fallecido por coronavirus eran mujeres mayores, con patologías previas y más vulnerables a los efectos de la enfermedad. Pero hay otra circunstancia que explica su alta mortalidad. Algo que, como escribió **Francesco Ognibene** en *Avenire*, resulta conmovedor: la fidelidad al carisma comunitario, que hizo que sus vidas estuvieran unidas a las de sus hermanas permaneciendo siempre juntas. Porque la misión se completa a través de una vida compartida, una fuerza que se ha transformado en la causa del contagio ya que, en la mayoría de los casos cuando el coronavirus entraba en una comunidad se extendía rápidamente a todos sus miembros.



Las consagradas han pagado alto precio por estar en primera línea

Religiosas y ‘mártires’ del coronavirus

DE FEDERICA RE DAVID

Solo en Italia, hay decenas de casos conocidos y algunos han sido especialmente graves. Entre 2020 y 2021, en Cervia, en la zona de Ravenna, se contagiaron las 45 residentes de la casa de la congregación de las Hermanas de la Caridad. Diez de ellas, de entre 80 y 93 años, murieron. El 2 de febrero, Jornada de la Vida Consagrada, el arzobispo **Lorenzo Ghizzoni** las recordó con una ceremonia en la catedral: a **Jacinta**, a **Egidia**, a **Miradio**, a Eugenia Pía, a Emilia, a **Damiana**, a **María Gregoria**, a **Ángela**, a **Elena** y a **María Tecla**. En octubre fallecieron 13 religiosas de la casa Padre Francesco Pianzola en Mortara. Eran conocidas por su compromiso con las trabajadoras rurales de Lomellina. Para ellas, el padre **Pianzola** fundó en 1919 el Instituto de las Misioneras de la Inmaculada donde desde 1950 ayudaban a las mujeres campesinas que sufrían la explotación en los campos de arroz.

En Lombardía se vivieron los meses más crudos de la pandemia, también en sus conventos. La lista es dramática: trece Hermanas de los Pobres del Instituto Palazzolo de Bérgamo; ocho misioneras Combonianas de Bérgamo; siete religiosas de la Santa Casa de Nazaret en Botticino, en la zona de Brescia; siete dominicas de Beata Imelda en Bolonia, monjas de clausura de más de ochenta años, atacadas por el virus en la casa de la comunidad en Villa Pace; seis

Orioninas de Tortona; seis Maestre de Santa Dorotea en Castell'Arquato, Piacentino; cinco Hijas de la Sabiduría en San Remo; y dos Adoratrices del Santísimo Sacramento en Rivolta d'Adda, en Cremona.

Alessandra Tribbiani fue madre superiora de las Hermanas Enfermeras de la Addolorata de Como y directora general y presidenta del consejo administrativo del Hospital Valduce. Con ella murieron otras cuatro hermanas: **Matilde Marangoni**, **Egidia Gusmeroli**, **Antonietta Sironi** y **Crocifissa Bordin**, todas víctimas de la batalla contra el coronavirus.

El luto se extiende por todo el país. Ha llegado hasta la Casa de San Bernardino de las Hermanas Franciscanas de María di Porano, en la provincia de Terni. Sor **Paola**, la madre superiora de setenta años, ha visto morir a varias hermanas ancianas, hasta a cuatro a la vez, por falta de aire. Eran tres religiosas de noventa años y una de 103. La superiora ha visto el terror al contagio en los ojos de las demás. En esos días llegaron muchas muestras de apoyo hasta el convento de Porano, donde se aislaron 39 religiosas, incluidos los regalos de parte del Papa que llevó el limosnero, el cardenal **Konrad Krajewski**. En la segunda ola de la pandemia, perecieron cuatro hermanas del convento de Cristo Rey de Eboli, en Salerno: la menor, Sor **Anna**, tenía 70 años y la mayor, Sor **Gabriella**, 93. También



‘Fratelli tutti’ se vive de rodillas

BIANCA STANCANELLI

Qué desvela la encíclica *Fratelli tutti* leída con ojos de mujer?, ¿y qué nuevos significados surgen si se miran desde sensibilidades femeninas de distintas religiones, culturas y procedencias? La encíclica de **Francisco** ha suscitado una atenta lectura y relectura, también con motivo del Día Internacional de la Mujer.

El tema fue elegido por la Consulta Femenina del Pontificio Consejo para la Cultura y por la Unión Mundial de Organizaciones de Femeninas Católicas, de acuerdo con el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, que organizó una webinar con académicas, teólogas de distintas religiones y siete embajadoras ante la Santa Sede para hablar sobre la encíclica.

Distintas voces para un diálogo que aparece como “la puesta en práctica de esa cultura del encuentro que el Papa pide”, como apuntó **María Elvira Velásquez Rivas-Plata**, embajadora de Perú. Un diálogo que puede enriquecer la reflexión masculina sobre *Fratelli tutti*, si es verdad que una mirada femenina puede “captar tantos colores, tantos matices, tantas dimensiones que nos habíamos perdido”, sugirió el cardenal **Gianfranco Ravasi**, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura. La reflexión estuvo marcada por el contexto de pandemia. Estuvo presente lo que el Papa describe como el “cuidado de la

Casa Común, el planeta” ya que COVID-19 ha puesto en evidencia nuestra fragilidad. “Para reconstruir el mundo, para reconstruirlo mejor, la solidaridad global, la empatía, la compasión y el cuidado deben ser la base de todos los esfuerzos de las instituciones y los gobiernos”, destacó **Irina Bokova**, exdirectora general de la UNESCO y miembro del Alto Comité para la Fraternidad Humana. Y es aquí donde el papel femenino es decisivo. “Las mujeres saben cómo liderar una sociedad enferma. Lo hemos hecho durante siglos, al cuidar a los miembros más frágiles de la familia”, aseguró **María Lía Zervino**, Servidora y presidenta general de la UMOFC. Recordó que para todos “el primer hogar ha sido el cuerpo de una mujer”. En nombre de esta capacidad natural “el protagonismo de la mujer es vital”, porque como “artífices de los proyectos de curación y reencuentro” pueden reconstruir “las macrorelaciones sociales, económicas y políticas”.

Para tejer nuevas relaciones, es necesario “educar a la apertura del corazón”. Es lo que extrajo **Elena Seishin Viviani**, vicepresidente de la Unión Budista Italiana. Para ella, es una invitación a una “rehumanización de la sociedad” que permita “regenerar una convivencia pacífica” a la luz de lo que el **Dalai Lama** definió como “el interés personal sabio”. Para hablar del vínculo inseparable entre el individuo y

los demás, **Shahrazad Houshmand Zadeh**, teóloga iraní, citó los versos de **Sa’di**: “*Los seres humanos provienen de la misma perla/ cuando una de las partes sufre algún mal, las demás también sienten dolor. No puedes considerarte parte de la humanidad si no sientes compasión por ese dolor*”.

El Papa dedica páginas intensas al dolor de los “abandonados”, al sufrimiento en las “periferias geográficas y existenciales”. Los mencionó **María Fernanda Silva**, embajadora de Argentina, recordando cómo la pandemia está siendo un retroceso para los derechos de la mujer y multiplicando males ancestrales, como los matrimonios infantiles. Es “el fermento de lo femenino”, evocado por **Swamini Hamsananda Ghiri**, vicepresidente de la Unión Hindú Italiana, el que puede curar “la perniciosa sequedad interior” de nuestro tiempo a través “del cuidado del mundo como un hogar de paz”.

¿Es una utopía en tiempos de duros y sangrientos conflictos? **Elisabeth Beton Delégué**, embajadora de Francia, evocó la imagen de la “maravillosa monja arrodillada en Myanmar” frente a los militares desplegados contra los manifestantes para hablar de la fuerza de las mujeres como “artesanas de la paz”.

También participaron la teóloga judía **Nadina Iarchy** y, con una perspectiva ecuménica, **Isabel Apawo Phiri**. La británica **Sally Axworthy** subrayó la amenaza del cambio climático.

loran a tres Ursulinas del Castillo de Capriolo, en la zona de Brescia: la primera que murió fue **Lina Guiducci**, de 90 años, cocinera del convento. Era muy conocida en la ciudad, sobre todo, entre los mayores de cuarenta que de niños fueron cuidados en la guardería por las monjas del Castello. A continuación, fallecieron **Santina**, de 93 años, y **Marcellina**, de 88.

Hacía tiempo que no salían las tres Hermanas de la Caridad de Arpino, a las que el virus sorprendió en casa. Vivían en el Instituto San Vicente de Paúl: **Lidia, Franca** y **Maria Grazia**, tenían más de 90 años y arrastraban achaques en los que el coronavirus se apoyó para matarlas. En esta localidad, el convento tenía una escuela y estas hermanas fueron las maestras de muchos. En Ariano Irpino recuerdan con cariño a sor **Emilia Scaperrotta** del Instituto del Conservatorio de las Hermanas de San Francisco Javier. Fue directora del colegio y superiora de la casa madre.

La pandemia, se ha cobrado la vida de la hermana **Magdalena del Sagrado Corazón de Jesús**, carmelita del monasterio de Santo Stefano degli Ulivi en Ravenna. Y de la hermana **Pina Leuzzi** de las Hermanas Marcellinas que dirigen el hospital Panico en Tricase, Lecce.

El mundo ha pagado y sigue pagando un alto precio en esta pandemia. En Estados Unidos, murieron por COVID en diciembre 8 miembros de Notre Dame de Elm Grove, en Milwaukee, Wisconsin. Eran educadoras, profesoras de música, enfermeras y misioneras, casi todas mayores de 90. Otras nueve murieron en la casa provincial de San José en Lathan, en el estado de Nueva York. En julio murieron 13 en el convento de San Felice en Livonia, en Michigan. Tenían entre 69 y 92 años y algunas estaban en activo. Eran profesoras, bibliotecarias, maestras, enfermeras y misioneras. Una incluso había servido en el Vaticano. “La infección se propagó como un incendio forestal”, comentó **Mary Andrew Budinski**, la madre superiora.

La más joven en morir fue **Johana Rivera Ramos**, víctima del coronavirus con tan solo 33 años. Murió en Cartagena, en Colombia. La otra cara de la moneda es la hermana **André Randon**, de Toulon, en Provenza. Es la mujer más anciana de Europa y derrotó al coronavirus con 117 años de edad. Su curación fue celebrada en el mundo entero como un signo de esperanza, desde el director de la OMS **Hans Kluge**, hasta las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, la congregación femenina más numerosa de la Iglesia.

El hilo de la providencia

En pleno duelo por la Primera Guerra Mundial, las salesianas sembraron esperanza en Calabria

DE DARIA GALATERIA

En 1918, -en plena primera y devastadora posguerra-, tres religiosas Hijas de María Auxiliadora se toparon con las ruinas de un convento franciscano en la remota localidad calabresa de Satriano. Por decisión del ayuntamiento, se empezó a utilizar como guardería para ayudar a las familias cuyos varones eran llamados al frente. A la casa le faltaba de todo, explicaba la directora, **Leontina Macchi**, “pero nos regocijamos al experimentar las incomodidades de la pobreza religiosa y al tocar las huellas amorosas de la Divina Providencia”. El lugar llegó a convertirse en un importante centro de formación de la región. En su centenario, el historiador **Giulio De Loiro**, publicó un ensayo a partir de los apuntes de las directoras de la Casa de Satriano. El texto sacó a la luz la pequeña gran historia del lugar, donde nació el arzobispo de Nápoles, **Mimmo Battaglia**, designado para esta sede por el Papa Francisco. Él siempre ha destacado la presencia “materna” de las hermanas en su camino vocacional.

Las tres monjas llegaron por tren y fueron a Satriano, que serpentea montaña arriba por pequeños caminos diseñados para burros. El abogado **Giacinto Galateria**, cuyo nombre llevará la guardería, logró una cuantiosa subvención pública para la restauración y el compromiso de las Hijas de María Auxiliadora de gestionar el centro. El 21 de diciembre se abrió la guardería que además ofrecía un desayuno de leche y pan gracias al médico del pueblo. La Cruz Roja Americana enviaba ropa. Cada tres meses, el alcalde mandaba dinero a la direc-

tora y así se pudo poner en marcha un taller de corte y confección. Durante el primer mes no acudieron muchas jóvenes. El motivo era que “las chicas del pueblo se dedicaban a criar gusanos de seda”.

La provincial, sor **Felicina Fanoia**, sin previo aviso, llegó a pie con el fin de echar una mano, pero había mucho hecho. El oratorio ya estaba abierto y la guardería contaba con el reconocimiento del Estado. La ayuda privada proporcionó las máquinas y telares para el taller de costura y para la iglesia un harmonio y un cuadro con la imagen de María Auxiliadora. El 8 de julio de 1920, un fotógrafo salesiano tomó la primera foto oficial de la Casa con las monjas y los 80 niños de los que se ocupaban. También retrató a los fieles que acudían al oratorio y a las jóvenes del taller de costura, unas 30.

Las crónicas siguieron narrando la vida cotidiana de la casa, como el robo en el gallinero, la apertura de una escuela de música y los años del fascismo. Los diarios hablaban de una guerra que tocó a la Casa de cerca, ya que una bomba aliada cayó sobre la iglesia. Fue un milagro que no hubiera víctimas, puesto que la misa había terminado minutos antes. La segunda posguerra fue dura. A veces no había ni para dar el desayuno a los niños. Los italianos comenzaron a emigrar y el país a despoblarse. El taller de bordado se convirtió en un recurso imprescindible para las más jóvenes que allí cosían los ajuares de novia. Sor **María Frischi**, que dirigía el taller de bordado desde 1963, estuvo en la Casa hasta el 2000. Ha cumplido 100 años.



La caducidad del luto

La cultura actual parece olvidar demasiado pronto a los fallecidos, acabando con el culto a la memoria

DE RITANNA ARMENI

Vivir el duelo mientras se vuelve a la vida cotidiana. Esto se nos pide cuando la muerte entra en nuestra vida. Y nos invitan a distraernos, a avanzar, a no a mirar atrás y a pensar en quien queda. Los que se han ido no vuelven, tenemos el deber de seguir viviendo y, para hacerlo, solo hay un camino: dejar de lado el pasado. El dolor y los recuerdos se pueden aceptar, por supuesto, pero solo por unos días. El luto, -el comportamiento social que señala el paso de la muerte-, es inútil y retrógrado, un conjunto de rituales que la modernidad rechaza. Como un vestido pasado de moda o una película en blanco y



negro. No se dice, pero se piensa: es una pérdida de tiempo. La insistencia en el dolor es una locura.

Cada vez más en estos años, -en los que los muertos están más presentes en mi vida por motivos personales-, cuando asisto a un funeral no puedo evitar pensar en los ritos que conocí en mi infancia. Los recuerdo con claridad. Como las mujeres que lavaban y vestían a los muertos. O el olor, una mezcla de flores, cera y aceites. Todavía no sé por qué a los muertos se les lavaba con aceites. Y luego la cama, preparada con las mejores sábanas para soportar la larga vela al difunto. El cuidado por no dejar el cuerpo solo ni un momento. También recuerdo con nitidez los funerales. Las religiosas en primera fila, las mujeres vestidas de negro y los hombres con un brazalete negro en la chaqueta. Para los ricos había hasta coro. La ceremonia en la iglesia, las palabras del sacerdote, la música y el dolor que se fundía con las oraciones. El luto comenzaba con estos rituales. Para los familiares cercanos, el luto, es decir vestir ropa de color negro, podía durar un año o incluso dos. Después se iba relajando con alguna concesión. Pero nada de diversión ni fiestas ni frecuentar amistades. Las visitas se reservaban al círculo más estrecho. Los

que morían seguían presentes puesto que se hablaba de ellos y ellos hasta hablaban a los vivos. El retrato del difunto rodeado de velas y flores se colocaba en un lugar principal de la casa. Recuerdo dos vecinas que cada vez que entraban en casa saludaban a sus difuntos. “No hay nadie”, les dije una vez. Yo debía tener unos 5 años. “Están las almas de los muertos”, me respondieron.

Las almas seguían cerca de sus seres queridos, se les pedía consejo y se les rezaba esperando sus gracias. En el otro reino, tenían mayores poderes y podían velar por nosotros. La muerte no interrumpía la comunicación, la vida no obstaculizaba la memoria, por el contrario, la entendía y la alimentaba. Las almas de los muertos podían asustar, porque eran severas y controlaban a los vivos, pero juntas protegían y nos garantizaban el contacto con un mundo al que algún día iríamos todos.

La abuela visitaba al abuelo en el cementerio dos veces por semana, los jueves y los domingos. Yo la acompañaba muchas veces a pesar de que no le conocí. Primero comprábamos unas flores y, una vez que llegábamos a la pequeña capilla familiar, ella lo limpiaba todo. Yo iba a por agua. Solo cuando todo estaba reluciente, la abuela hablaba con el abuelo. Le contaba las novedades de la familia. Después se despedía y nos marchábamos. Así hacía dos veces por semana, siempre que le fuera posible. En cuanto a mí, ser elegida para acompañarla era

un privilegio. Solo ahora entiendo por qué. Participaba en el rito de duelo y esto me hacía entrar en el mundo de los adultos. En el mundo de las mujeres que habían presenciado, velado y protegido la memoria y la vida tras la muerte de sus seres queridos.

Porque, todas las mujeres eran las protagonistas del ritual del final de la vida. Los únicos hombres que estaban allí eran el sacerdote, el sepulturero y el coro en el funeral, porque los demás siempre regresaban lo antes posible a sus quehaceres cotidianos. El dolor no era cosa de hombres. Las mujeres tenían la tarea de no olvidar y de conectar el presente con el pasado. Una vez más, asumían la tarea de dar vida, una segunda vida, la del recuerdo y la memoria del amor que no termina con la muerte, sino que encuentra nuevas formas para permanecer y seguir existiendo.

No tengo nostalgia de aquellos tiempos, no creo que fuera lo más apropiado porque no dejo de ver que, incluso en la gestión de la muerte, hay una separación de roles que han marcado la condición femenina. No puedo bendecir los deberes de las mujeres, siempre dedicadas al cuidado, incluso al cuidado de los muertos. Pero veo claramente lo que ha sucedido desde que se abolieron los rituales de la muerte. El luto se considera inútil y el cuidado de los que ya no están se deja en manos de “los especialistas”. Dado que la gente generalmente muere en el hospital, el dolor, la enfermedad y la atención se manejan desde afuera y tanto las mujeres como los hombres, son solo meros espectadores de un evento inevitable.

El culto de la memoria, la cercanía con los que ya no están y el diálogo que continúa incluso cuando la respiración se ha detenido, se han reducido o abolido. Digresiones sentimentales inútiles que quitan tiempo a la vida de los que se han quedado. Esto nos lo exige la cultura de nuestros países progresistas y avanzados, que vive una paradoja y una contradicción. Si bien el discurso público invita a la memoria y al estudio de la Historia y el rechazo al olvido es un deber cívico celebrado por las instituciones y enseñado en las escuelas, la muerte de los individuos se borra y se obvia.

Desde que se rompió el vínculo entre la mujer y la muerte, o más bien el cuidado de la muerte, se rompió también el hilo con la segunda vida del recuerdo y la memoria y el luto se empezó a considerar algo inútil.

Pero, ¿es realmente positivo, es bueno para los que se quedan que los que no están desaparezcan repentinamente?, ¿y es realmente una locura seguir sufriendo para no abandonar el recuerdo?, ¿es realmente mejor olvidar que sufrir?, ¿es esto lo que debemos enseñar a nuestros hijos?, ¿es esto hacia lo que debemos avanzar de cara al futuro?, ¿o más bien mujeres y hombres tenemos que reconstruir una cultura de duelo, de aceptación de lo inevitable, del dolor y del misterio de la muerte como oportunidad para redescubrirnos y encontrarnos?, ¿dar una segunda vida a los que no están y esperar a recibirla como un regalo? Como dijo el poeta, solo aquellos que no dejan una herencia de afectos encuentran poca alegría en el ataúd. Y tenía razón.



La memoria prometida

Las mujeres dan un nombre propio a los muertos en el Mediterráneo

DE EVELINA SANTANGELO. Escritora y editora

El muchacho está muerto, de una forma u otra está muerto. Basta con eso para que quiera ir a verlo". Así comienza el libro de investigación, *Uomini e caporali. Viaggio tra i nuovi schiavi nelle campagne del Sud*, de **Alessandro Leogrande**. Fue un gran escritor e intelectual que dedicó toda su corta vida "a la defensa de los más débiles y ferozmente explotados en distintos contextos", tal y como escribió su padre al anunciar hace dos años su repentina muerte.

El muchacho era un extranjero que trabajaba en el campo. Un camión pasó por encima de él dejándolo irreconocible. Hay una cruz en su tumba con una inscripción que dice "desconocido".

Una temporera, "obsesionada con el hecho de que alguien pueda morir sin ser llorado por nadie", acostumbra a repartir flores entre la tumba de su marido y esa cruz desnuda. Ha llegado incluso a hacer que instalen una lápida decente, con la fecha de su muerte, una pequeña oración y la imagen de la Virgen. La palabra "desconocido" se lee en bronce como si fuera su nombre. A partir de estos gestos emergerá lentamente una fisonomía y un nombre, **Mirosław**; una nacionalidad, la polaca; y una historia de explotación laboral y violencia.

El maldito olvido de los enterrados sin identidad lo padecen los soldados de la Gran Guerra en la película *J'accuse* de **Abel Grance** (1919). Zombis que denuncian la inhumanidad de la guerra y la condición de quienes son solo uno entre miles de cadáveres en un campo de batalla al que los vivos no prestan atención. La indiferencia despiadada hace que los muertos se conviertan en zombis, en fantasmas que, tarde o temprano, atormentarán nuestras conciencias acostumbradas al olvido.

Mediterráneo, julio de 2016. "En la bodega hemos encontrado una capa de material biológico de entre 80 y 90 centímetros de grosor repartida a lo largo de los 23 metros del barco. Eran personas". Con esta crudeza habla de una de las más escalofriantes tragedias en el Mediterráneo el ingeniero jefe de los Bomberos encargados de recuperar los cuerpos de las mil personas que quedaron atrapadas en el interior del pesquero egipcio hundido

en el Canal de Sicilia un año antes, el 18 de abril de 2015. Hallaron un amasijo de restos humanos, ropa y objetos personales. No quedaba nada más. Tratar de dar una identidad a los muertos antes de enterrarlos se convirtió en un "deber como civilización" para **Cristina Cattaneo**, profesora de Medicina Forense de la Universidad de Milán. Ella fue uno de los patólogos que escudriñaron ese "material biológico" indistinto para extraer las identidades de decenas de personas. Fueron tres meses de trabajo en la base de la OTAN en Sicilia.

Como resultado de su trabajo conocimos historias como la del niño que cosió sus buenas calificaciones escolares en su chaqueta. El pequeño sería de Mali o Mauritania. Otra de aquellas personas llevaba un bolsillo en el que portaba un poco de tierra de su país. En esos fragmentos de identidad sustraídos a lo indistinto está



esa humanidad común en la que reconocerse hecha de aspiraciones, esperanzas y desapegos dolorosos. Tú eres como yo y yo soy como tú. Y esta masacre de la que no queda rastro alguno es una barbarie que afecta a ambos. Los miles de muertes anónimas que la pandemia de COVID-19 ha ocasionado nos han obligado a experimentar de primera mano lo que significa terminar en un recuento diario de "registros de muertes".

El vínculo que une a las mujeres y el cuidado de los muertos se evoca con tono sarcástico, pero con verdad indiscutible también en un pasaje del *Ulises* de **James Joyce**. "Una tarea suya", piensa el protagonista Mr. Bloom, como corolario de los dolores de parto.

Yo misma siempre he visto, al menos aquí en el sur, la familiaridad de la mujer para afrontar la muerte, con el cuerpo hasta adoptando una pose de dignidad: ojos cerrados, suave expresión en el rostro y un buen vestido. Es quizá una forma de contrarrestar la transfiguración y, en un gesto extremo, custodiar el rasgo que la identifica, la hace reconocible. Una forma de pietas por los muertos y también por los vivos que los lloran.

La investigadora **Giorgia Mirto** recorre desde 2011 cementerios y registros civiles en busca de pistas sobre los miles de víctimas de naufragios enterradas en varios municipios del sur de Italia y de Cerdeña. Asegura que su iniciativa no responde "a un mero cálculo". "Busco que sepamos lo que pasó, que algo de esa persona pueda sobrevivir a la muerte misma, al menos en la memoria de sus seres queridos". Palabras que suenan aún más necesarias si pensamos en cómo las familias, exhaustas por la búsqueda de su ser querido, se conforman con cualquier solución.

Podríamos casi definir de "oración laica" el trabajo de **Giorgia Mirto** en el Campo 220 del cementerio de los Rotoli de Parlermo, donde se respira abandono en cada rincón. Recorre las tumbas recopilando en su cuaderno los pocos datos de las lápidas que son, en realidad, trozos de papel remendados con celofán donde están escritos dos o tres apuntes sobre la persona enterrada.

La misma carga espiritual requiere una obra como *Salat* del artista **Emanuele Lo Cascio** creada con motivo del proyecto Più a Sud de 2012. Una placa de brillante mármol negro que reproduce las olas del mar de Lampedusa cuyas dimensiones son las mismas que las de la alfombra para la oración musulmana: "La escultura pide al observador un momento de concentración, de reflexión en soledad, de oración respetuosa. En lo más profundo, el mar es siempre tranquilo, silencioso, depositario del misterio, de la vida y de la muerte. Este mar embravecido en la superficie que provoca los naufragios, pero es también promesa de esperanza, esconde esta profundidad invisible".

Desde las profundidades invisibles de esta alfombra de mar y recogimiento, mu-



chas víctimas de la catástrofe humanitaria que vive esta isla desde la segunda mitad de los noventa han visto que la imagen de Lampedusa no es solo la de las tumbas, sino la de la lucha contra la “deshumanización”. Hay 13 cadáveres que datan de 1996 o 1997 que fueron enterrados por el guardián del cementerio que procuró cruces sobre cada una de las tumbas. A los que se opusieron a esa decisión, respondió con la inteligente humanidad de los humildes: “Para mí, poner las cruces era como decir que todos somos iguales”. **Paola La Rosa** (voluntaria de la Biblioteca Ibby y miembro del Forum Lampedusa Solidale) es quien me cuenta esta historia. Cuando decidió ir a vivir a la isla constató que “el sistema de acogida está basado en la deshumanización y despersonalización de los individuos que se torna más descarnada cuando se aplica a los muertos”. De entre los indefensos entre los más indefensos están estos muertos sin nombre. Con el Forum Lampedusa Solidale acoge a los rescatados en el muelle de Favalaro con un poco de té caliente y envuelve a los supervivientes en mantas térmicas. Se opuso frontalmente al modelo de lápidas propuesto por el alcalde Bernardino De Rubéis en 2011. En aquel año, al menos 50.000 personas arribaron a Lampedusa. Fue un *annus horribilis* con naufragios y costes humanos muy elevados. Algunas de estas lápidas, ahora en desuso, pueden verse en algunos rincones del cementerio. Rezan cosas como: “Inmigrante no identificado, de sexo masculino y etnia africana. Color negro”.

Al Forum y al trabajo de Paola La Rosa se deben nombres como **Ezechiel**, **Yassin**,

Ester Ada, **Welela**, las fechas y las circunstancias de los naufragios o hallazgos, fragmentos de sus historias y también detalles como los “cuatro días interminables” en el que el mercante turco Pinar, con el cuerpo sin vida de **Ester Ada**, fue abandonado en el mar antes de autorizar su desembarco. Porque ya entonces en 2009, 4 días de detención en alta mar provocaron un escándalo. Por eso el cementerio es un paso fundamental para todo aquel que quiera comprender el drama de la migración. En 2018, el escritor y artista **Armin Grader** viajó a Lampedusa con un proyecto de voluntariado e hizo “su peregrinaje” con Paola La Rosa. Sintió la necesidad de “humanizar” esas tumbas y sus historias y por ello decoró las lápidas con dibujos marinos como peces, islas, gaviotas, conchas o estrellas de mar. Un regalo de belleza.



Noticias como el funeral de **Yusuf Ali Kanneh** resultan desgarradoras. Era el bebé de 6 meses que salió de Guinea con su madre y que murió en el naufragio del 11 de noviembre de 2020 frente a las costas de Libia. Plantean un desafío complicado: ¿cómo hacer que el recuerdo se convierta, de alguna manera, en un recuerdo compartido? La respuesta llegó en forma de manto. Una mujer de Lampedusa, durante el funeral del bebé, envolvió instintivamente con un manto de ganchillo a la jovencísima madre de Yusuf. Es un mundo hecho de ganchillo, de gratuidad y de belleza, que nunca ha ascendido a la dignidad de arte

precisamente por estar ligado a la esfera doméstica femenina, pero es uno de los pocos gestos de las mujeres dentro de los muros de la casa que no son efímeros. Porque son gestos que hacen comunidad.

De ahí la idea de crear un Depósito de la Memoria a través de historias y de piezas de ganchillo para llamar la atención de una comunidad internacional que dice proteger los valores de la persona. El proyecto fue lanzado en las redes sociales y gracias a ello se recibieron miles de piezas de ganchillo junto con historias llegadas desde Italia, Alemania, Francia o Perú. Y nació “La manta de Yusuf”, muchas piezas de ganchillo cosidas para evocar esta comunidad ideal esparcida por el mundo que quiere dejar una huella en la memoria, tejer una historia diferente basada en el cuidado, un gesto históricamente femenino e inclusivo. A la iniciativa también se han unido muchos hombres. “Nuestra idea era que hubiera un tejido físico y uno inmaterial compuesto por historias personales que, a través de la urdimbre de la trama, crean una historia única”, explica Paola La Rosa.

El primer lugar donde se llevarán las 11 mantas ya cosidas será la tumba del pequeño Yusuf. Los lugares de la memoria sirven para recordarnos en quiénes nos hemos convertido, no solo quiénes hemos sido, explica el historiador **Pierre Nora**.

Así, Lampedusa, el Mediterráneo, la ruta de los Balcanes, todos los lugares donde se está produciendo esta catástrofe humanitaria desde hace décadas, ponen a prueba nuestra civilización porque nos dicen exactamente en quiénes nos hemos convertido. Si cada vez que se cuenta una historia, —historias destinadas al olvido—, se restaura la dignidad y la vida a esas existencias, entonces este artículo mío tiene la humilde pretensión de ser, de alguna forma, una suerte de resurrección.



La muerte también me da miedo

DE LAURA EDUATI

Nadie pudo probarlo jamás en un tribunal, pero, en los ojos de **Patrick Sonnier**, el primero de los condenados a muerte a quien acompañé hasta el día de la ejecución, pude ver a un hijo de Dios. En los días de Pascua pienso en la posibilidad de resucitar también para aquellos que han cometido errores. Como Sonnier, que en 1978 mató a un muchacho de diecisiete años. Descubrí en el padre de ese joven que es posible la redención y el perdón. El padre de **David Leblanc** supo perdonar al asesino de su hijo”.

La hermana **Helen Prejean** cumplirá 82 años en su casa de Nueva Orleans, donde encontró refugio al comienzo de la pandemia. Por primera vez ha tenido que hacer una pausa tras más de 40 años de activismo y constante oración contra la pena de muerte en Estados Unidos. Su libro, *Dead Man Walking*, es uno de los escritos más importantes del siglo XX en materia de derechos civiles. Contribuyó a cambiar la Doctrina de la Iglesia sobre las ejecuciones capitales e inspiró la película protagonizada por **Susan Sarandon** y **Sean Penn**.

En el volumen, Helen Prejean, religiosa de la congregación de San José, habla de su extraordinaria experiencia junto a los condenados a muerte. “Al entrar en las cárceles entendí lo que dijo el Papa **Francisco** sobre la Iglesia como un hospital de campaña abierto a todos los heridos. Porque Cristo está donde se sufre y Cristo está en la dignidad de todos los seres humanos, incluidos los que han cometido un delito”. De este camino, Helen extrajo una hermosa definición de la fe: “No es solo oración, no es solo ir a misa. La fe es comprender la conexión entre Dios y todas las cosas. Es mirar a los ojos a un criminal confeso y ver que Dios también se encuentra en esa mirada”. Sus libros, sus discursos e intervenciones públicas quieren cambiar espiritualmente a la sociedad sobre el tema de la justicia y la venganza. Su razonamiento toca el tema legal y los procedimientos que llevan a un

Helen Prejean ha dado su vida contra la pena capital

Estado a quitar una vida. “Por estadística, las ejecuciones capitales afectan a los más pobres y más indefensos. Pienso en **Lisa Montgomery**, ejecutada por el Estado federal en enero pasado. Su crimen es indescriptible, pero en su vida solo había conocido abusos, violaciones y torturas

hombre tranquilo que ahora no sentía nada más que rabia. “Han matado a mi hijo, pero no podrán matarme a mí”, me decía. Y así dejó de desear la venganza. Leblanc entendió que perdonar no significa ceder a la debilidad o admitir que perder a un hijo no es realmente algo tan horrible. El perdón es algo que damos primero para que el amor de Dios, y nosotros mismos, no nos veamos superados. Gracias al perdón, Leblanc no perdió ese sentido del amor que hizo que un día se presentara en la casa del asesino de su hijo. Sonnier apenas salía porque continuamente era objeto de ataques e insultos. Leblanc le dijo: “Estoy aquí porque ambos somos padres y no podemos responsabilizarnos por la forma en que se comportan nuestros hijos”.



por parte de su familia. Era la persona más rota de entre las personas rotas”.

Culpabilidad y perdón, inocencia e injusticia. Helen ha vivido toda su vida de manera humana y cristiana. Conoce la trayectoria de los familiares de las víctimas, quienes tras la ejecución leen públicamente un mensaje en el que agradecen a las autoridades federales que se haya hecho justicia. “Alegrarse por la muerte de un ser humano, por muy culpable que sea, es un segundo trauma para las personas que han perdido a un ser querido”, sostiene la religiosa que siguió paso a paso el camino del padre de **David Leblanc**, un hombre consumido por la ira y el dolor tras el asesinato de su hijo a manos de **Patrick Sonnier**, quien fue condenado a la silla eléctrica. “Compartí el viaje de perdón de este padre. Vivía en un estado de sufrimiento y deseo de venganza hasta que un día me dijo que esta terrible pérdida había cambiado todo en él, incluso su personalidad. Me explicó que era un



La verdad de un hijo de Dios condenado a muerte y digno de ser salvado es lo que la sostuvo en 1995 cuando, al leer la encíclica *Evangelium vitae* del Papa **Juan Pablo II**, supo que “según mi pontífice, y por tanto según la Iglesia, el recurso a la pena de muerte tenía que ser raro excepto, y estas fueron las palabras que me sorprendieron en ese momento-, en casos de absoluta necesidad”. En esos años, Estados Unidos se vio sacudido por el caso de **Joseph O'Dell**, condenado a muerte tras un juicio muy debatido en el que la hermana Helen se comprometió por completo.

Por eso, la religiosa escribió al Papa. “Le expliqué mi malestar. La encíclica apoyaba el movimiento provida contra el

aborto, la eutanasia y el suicidio asistido, o el asesinato de inocentes, pero no defendía la vida de las personas culpables de delitos graves. Usé las palabras que sabía que llegarían a su corazón y le dije que uno de los seis condenados a muerte que tuve la gracia de acompañar en el día de la ejecución esposado y rodeado de guardias, se dio la vuelta y me dijo, “Hermana Helen, rece para que Dios ayude a mis piernas a caminar”. Así que le pregunté al Papa: “¿dónde está la dignidad en matar a una persona indefensa?” Aquel escrito de Helen Prejean tuvo su efecto doctrinal, ya que, en 1997, durante su visita a San Luis, el Papa Juan Pablo II pronunció unas duras palabras contra la pena capital, que definió como cruel e innecesaria. “Para mí fue una alegría indescriptible y la prueba de que una mujer como yo, junto con tantas mujeres comprometidas con la defensa de los humildes y los desdichados, podemos renovar el espíritu de la Iglesia”, continúa Helen, quien ha vuelto a escribir a un Pontífice, al Papa Francisco, para pedirle una mayor presencia femenina. “Las mu-

jes poseen corazón, compasión y sentido de comunidad. La Iglesia nunca se salvará si no las invita al diálogo y a la toma de decisiones. Puedo predicar en las sinagogas, en los ayuntamientos, en cualquier lugar, pero no en mi casa que es la Iglesia. Necesitamos la experiencia de las mujeres para vivificar”, escribió a Francisco.

El último pensamiento, una reflexión que se ha vuelto urgente para ella, es el de su propia muerte. “Aunque estoy familiarizada con el final de la vida, admito que tengo miedo”, dice. Y para ofrecer un rayo de consuelo y tranquilidad recuerda unas palabras de su hermana, **Mary Ann**, fallecida en 2016. “Crecimos juntas en Baton Rouge, donde nacimos. De niñas jugábamos a un juego en el que teníamos que saltar del columpio y agarrar una cuerda colgante. Me daba mucho miedo caerme al suelo. Recuerdo a todos los niños saltando y agarrando la cuerda, mientras yo dudaba y Mary Ann me animaba con las manos en las caderas, me decía, “lo hicimos todos, no lloriquees, ahora vas tú”. Escuché su voz el día después de su muerte como si me dijera, “Helen, muchos de nosotros estamos muertos, no lloriquees, un día también será tu turno”. Doy gracias a Dios por haberla tenido a mi lado durante muchas décadas, ella fue la verdadera valiente, yo solo seguí su ejemplo”.



El jardín de los niños perdidos

DE ELENA DI DIO

Por qué? Es la primera y única pregunta sin respuesta. Da igual darse de cabezazos contra la pared, consumirse en lágrimas, que se parta el corazón o no dormir nunca más. ¿Por qué lo dejé salir la noche que tuvo el accidente?

Sobrevivir a un hijo que muere es una tragedia incomprensible. Y quien, desesperado, se pregunta por qué, no merece una respuesta de circunstancia o una cascada de palabras inútiles, como dice el padre

Luigi Verdi. “El dolor de una madre o un padre no se puede ofender. No se puede hacer”. El padre **Gigi** o simplemente Gigi, fundador de la Fraternidad de Romena en Toscana, lo repite como un mantra. Esto es lo que pensó hace veinte años cuando conoció a la primera pareja de padres que, junto a otros, crearon el Grupo Naín. Habían perdido a su hijo y deambulaban por aquellos verdes valles en busca de la paz. Se detuvieron en Pieve, y que hoy, como entonces, acoge a “caminantes en la fe”. “Me hablaron de su luto y de un cura imbécil que intentó explicarles que su hijo era más bueno que los demás y por eso, Dios lo había querido consigo”, cuenta Gigi. “¿Cómo se puede hacer algo así?”, se pregunta aún después de años y con esa misma pasión agitada y obstinada que se esconde tras los gestos, y no las palabras, para los padres “huérfanos” de hijos.

“Nombré así al grupo recordando el episodio de Jesús que en Naín se encuentra con la agonía de una madre que había perdido a su hijo. Con compasión, coloca su mano sobre el ataúd. El único consuelo radica en ese gesto. Esos padres necesitan nuestra presencia, nuestra escucha y que enjuguemos sus lágrimas”. De lágrimas sabe Gigi: “Llegó una mujer a Romena. Tengo su imagen grabada. Estaba furiosa,

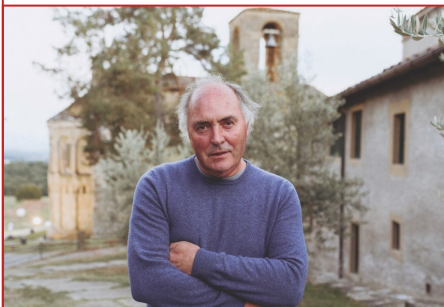
Romena es un espacio natural donde los padres “huérfanos” plantan almendros por sus hijos

no lloraba, no decía una palabra. Poco a poco comenzó a abrirse y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Las secaba deprisa, como para esconderlas, como si se avergonzara de su sufrimiento. Al final de nuestro encuentro, lloraba sin contenerse”.

Junto al dolor de una madre o un padre que pierde a su hijo no hay palabras sino cuerpos, presencia, cariño, ojos que se miran y se entienden. Y así intentan alcanzar el objetivo mínimo para sobrevivir. Una vida nueva y diferente, siempre “en memoria de”. Cualquiera que haya estado en Romena y haya conocido a los padres de Naín habrá escuchado cosas del tipo, “cocino pensando en que lo hago por mi hijo”. Y en esa voz apagada, pero también alegre e increíblemente calmada, se siente la fuerza de esa elección por la vida. En lugar de sumergirse en el trabajo o distraerse con otras cosas, han optado por renacer a partir de la memoria de un hijo que, aunque ya no esté, sigue presente.

Un camino “que nunca es un consuelo, pero que es el único de la Resurrección”. Como el jardín que Gigi ha creado alrededor de su iglesia románica. “Decidimos plantar pequeños almendros para recordar a los hijos que ya no están”. Y la elección del almendro no es casualidad: “Es el primero en florecer y el último en dar fruto”. Esos árboles crecerán dando lugar así a “un jardín de la resurrección”.

El padre Gigi veía clara esta idea y por eso se la propuso a los padres. “En hebreo la raíz de la palabra almendra, *shaqad*, significa despertar, estar atento. El jardín tiene este sentido. En lugar de esperar a ver de nuevo a ese hijo perdido, hay que procurar florecer. En lugar de mantenerlo en el sepulcro, se trata de continuar con la vida, también por el hijo perdido. Es abrirse a la novedad, a un cambio”. Naín es un espacio abierto.





Una cura para dar sentido a una vida breve

Así se acompaña a las familias de los bebés más vulnerables

DE ELISA CALESSI

Mirar a la muerte a la cara y no a cualquier muerte, sino a la muerte más insoportable, la de un niño. Manejar el misterio del mal en su forma más escandalosa, la del dolor de un inocente, sabiendo ya que no podrás hacer lo que has elegido hacer como médico, es decir, salvar una vida. Esto es lo que ha estado haciendo **Elvira Parravicini**, neonatóloga y profesora asociada del Centro Médico de la Universidad de Columbia desde 2008. Ella es quien inventó el *Neonatal Comfort Care Program*, un programa interdisciplinar de cuidados y tratamientos para acompañar a los niños que nacen con una breve esperanza de vida y también a sus padres. La idea se remonta a 1997. El primer Perinatal Hospice nació en Estados Unidos de la mano de cuatro ginecólogos. Esa primera experiencia se centró en el embarazo y el parto. “No había apenas nada escrito sobre qué hacer con el bebé que nace sin riñones o cerebro y solo puede vivir unas pocas horas. En otros casos viven algunos días, meses o años. Es siempre una vida limitada que dura poco”, nos dice Parravicini. De este vacío nació crear el *Neonatal Comfort Care Program*.

“Me preguntaba: ¿cuál puede ser el tratamiento médico para un niño que tendrá una vida de pocos minutos, pocos días o, como máximo, unos meses?”. Antes, la práctica era no hacer nada, ni siquiera alimentar a estos bebés, para que murieran lo antes posible. Y así vivían unos días como máximo. La doctora ha superado esos

métodos. “Para mí, cuidar a estos niños es tenerlos en mis brazos, alimentarlos, acariciarlos, darles medicinas para que no sufran, pero siempre respetando su vida, aunque sea corta”. Todo este cambio de mentalidad surge a raíz de un encuentro con una madre. “Un día, en una de las reuniones periódicas que se realizan en el hospital, se habló de una mujer a la que le habían diagnosticado una enfermedad muy grave para el niño. La mujer quería continuar con el embarazo. Mis colegas estaban perplejos. Yo no tenía experiencia en cuidados paliativos porque soy neonatóloga. Pero la decisión de esta mujer me llevó a querer conocer el por qué”, explica la doctora que concluye: “Entonces me ofrecí a hacer yo su seguimiento”. Y así Parravicini cuidó de la madre y del hijo.

Después de aquella experiencia, comenzó a abordar estas situaciones esbozando un conjunto de pautas para ayudar a los niños y a sus padres en casos similares. Ambos, sí. “Porque si el bebé está bien, los padres también. Y viceversa”. Así nació el *Neonatal Comfort Care Program*, un conjunto de tratamientos médicos y de otro tipo como abrazos, caricias y terapia psicológica.

¿Mantener en vida a un niño que morirá en breve no aumenta el dolor de los padres? “Y, como médico, respondo que no es así. Hay cientos de estudios que demuestran que una mujer que se somete a un aborto, incluso en el tercer mes de

embarazo, experimenta una herida que durará toda su vida. El duelo se hace mucho más llevadero cuando la mujer tiene la oportunidad de ver a su hijo. Causa más daño no verlo nunca, que verlo y acompañarlo hasta el final”. No es que el dolor sea menos fuerte. “Es una forma más respetuosa de paternidad y maternidad que, en todo caso, existe porque una mujer se siente madre en cuanto le dicen que está esperando un hijo”. ¿Cómo se trabaja con niños que van a morir?, ¿no tiene ganas de dejarlo todo? Elvira Parravicini se explica: “Trabajo como neonatóloga. Mi trabajo, en primer lugar, es salvar a los niños. A partir de ahí, desarrollo este programa”. ¿Y cómo no venirse abajo?, preguntamos. “No decidimos venir al mundo. Yo no lo decido, estos niños no lo deciden. No nos corresponde a nosotros decidir cuándo comienza y cuándo termina la vida. Por supuesto, es doloroso, especialmente para los padres, pero también para mí. Es una experiencia de sufrimiento y, al tiempo, de reconocimiento del misterio de la vida. Y esto produce una gran paz”, responde tranquila Parravicini. No hay un atisbo de tristeza en su rostro y ni en el de su equipo, que nos muestra en una foto. “Hay otro aspecto positivo. Cuando un adulto muere, es consciente de lo que deja atrás. Estos niños, sin embargo, no tienen la menor idea. Siempre les digo a los padres: “Vas a sufrir, pero estos niños están felices de que los llevéis en brazos y de que los acariciéis y felices por no haber sufrido. Ellos no son conscientes de lo que está pasando. Tendrán una vida muy corta, pero esa vida es hermosa”. El dolor y la negación son cosa de adultos. Y es diferente en mujeres y hombres. “Las madres tienden a llorar. Los hombres siempre quieren hacer algo. La madre quiere tener al bebé en brazos, el padre pide hacer algo, lo que sea”.

La otra peculiaridad del programa es que es interdisciplinar, cuenta con diferentes profesionales como médicos, psicólogos y trabajadores sociales. El programa comienza con el embarazo de la madre,

continúa con el nacimiento y la vida del niño y, después de su muerte, prosigue con una asistencia para los padres que puede prolongarse durante años. El equipo está formado únicamente por mujeres: Elvira Parravicini, una enfermera, una trabajadora social y una ginecóloga. “No fue algo buscado, pero las mujeres lidian mejor con el dolor y la muerte”.



Escribe cómo bendigo a todos mis hermanos, los que están en nuestra religión y los que vendrán a ella hasta el fin del siglo... Puesto que, a causa de la debilidad y dolores de la enfermedad, no tengo fuerzas para hablar, brevemente declaro a mis hermanos mi voluntad en estas tres palabras: que, en señal del recuerdo de mi bendición y de mi testamento, siempre se amen mutuamente, siempre amen y guarden la Santa Pobreza, Nuestra Señora, y que siempre se muestren fieles y sumisos a los prelados y todos los clérigos de la Santa Madre Iglesia". Estas son las palabras del Pequeño Testamento o Testamento de Siena que fue dictado por **Francisco de Asís** al hermano **Benito de Piratro** en 1226. Entonces, el futuro santo ya se encontraba gravemente enfermo. Ellas decidieron llamarse "Hermanas del Pequeño Testamento" y eligieron seguir tres sencillas reglas: amor fraterno, amor por la Santa Pobreza y fidelidad a la Santa Madre Iglesia. Se habla de San Francisco de Asís como un reformador que nunca señaló ni acusó a nadie, a diferencia de otros reformadores de su época. Un poco de esa sensación se experimenta al estar con la sonriente sor **Daniela Cancilla**, la fundadora, junto a sor **Francesca**, de la orden religiosa reconocida en 2007 por el obispo de Gubbio. Dentro de la radicalidad de su vocación y un seguimiento literal de la regla franciscana, hay en ella un profundo amor por la Iglesia que para ella es "la familia de Cristo, no solo los sacerdotes". La hermana Cancilla llegó a Gubbio en 2003 procedente de Favara donde era conocida como la "monja futbolista" por su pasión por el deporte rey que practicaba con destreza. Se matriculó en Ciencias de la Comunicación, pero su vocación estaba ahí y finalmente ingresó en el convento en 1998. "¿El fútbol femenino? Bueno, ¡fue más difícil para mis padres aceptar que me convirtiera en monja!", explica entrando en la iglesia de Santa Maria della Vittorina.

En otra vida, Daniela era futbolista profesional, portera del Fabaria 2000. Ese amor por el fútbol no ha desaparecido de su vida y se refleja cuando juega con los niños. "El fútbol me salvó del individualismo y el egoísmo. Es un deporte de equipo donde tienes que pasar el balón y donde no eres nadie si no te importa el resto del equipo. Me enseñó la posibilidad de hacer cosas juntos", asegura recordando sus tiempos de futbolista profesional.

Al principio no quería mudarse a Umbria, pero después de veinticuatro horas en Gubbio "ya estaba enamorada". Hasta



Sor Daniela, el fichaje de Dios

DE VALENTINA PIGMEI

Jugaba al fútbol como portera, pero dio el salto a fundar una orden religiosa

2009, las hermanas del Pequeño Testamento vivían en la Ermita de San Ambrosio. Allí solo pasan cortos periodos, ya que no es posible habitar ese lugar de forma permanente. Daniela, junto con sus jóvenes hermanas, usan este remanso de paz para retirarse en oración. En Gubbio, viven en el convento de San Marcial, donde cuentan con una hospedería para los peregrinos que recorren el Camino de San Francisco.

Pregunto a Daniela si cree, que *Fratelli tutti* es un texto machista por su título. "Basta con leer algunas páginas para tener claro que no es así. *Fratelli tutti* es un milagro. En las palabras de Francisco, intuición e institución se tocan. La Iglesia es machista, pero este Papa no lo es", asevera con firmeza. "El problema es que los sacerdotes, cuando ingresaban al seminario, a veces siendo casi niños, pierden el contacto diario con las mujeres, se les priva de esta oportunidad. El problema de la Iglesia es el clericalismo. La Iglesia siempre ha contado y confiado en las religiosas y en los fieles laicos, pero, les ha negado cualquier cargo de responsabilidad. Las cosas van cambiando: en las diócesis crece la cuota rosa y en el Vaticano ya hay mujeres subsecretarias. Cuando el Papa Francisco dice que el cambio ya está en marcha no nos engaña, ahora no debe parar. El problema es la forma en que se han interpretado las Escrituras durante siglos. Pensemos en María Magdalena,

identificada erróneamente como una prostituta redimida por Cristo. Hasta 2016 no fue instituida su fiesta litúrgica por parte del Papa Francisco, pese a que ella fue la primera en anunciar la Resurrección, mereciendo así el título de apóstol entre los apóstoles. ¿Sabes por qué donde hay una mujer todo funciona mejor? Porque la maternidad te pone los pies en la tierra. Te enseña a cuidar de los demás, a concretar. La mujer no es solo una madre en términos naturales, hay muchas formas de ser madre. Yo, por ejemplo, me siento madre".

Con esta mujer de Iglesia, de fe clara y decidida, no me esperaba hablar de maternidad y hasta de aborto. Ya se sabe, los prejuicios. La hermana Cancilla es consciente de la polémica cuestión de la píldora abortiva Ru486 cuyo uso ha sido prohibido en la región de Umbria por el gobierno regional de centro-derecha. La religiosa no elude las preguntas y defiende su postura. "Los políticos deberían evitar instrumentalizar la opinión pública en su beneficio", dice. "Cuando hablamos de aborto siempre partimos de supuestos erróneos: muchas mujeres optan por abortar por miedo a perder su libertad. ¡Eso es un error! Porque para una mujer ser madre nunca es un empobrecimiento, está mal pensar que un hijo te quita la libertad. Si luchamos por el derecho al aborto, habremos perdido de vista lo que significa ser mujer y ser libre. Algunas personas eligen el aborto porque creen que no pueden mantener a un niño. Pero nosotros en realidad no tenemos ni idea de lo que son la pobreza y la miseria verdaderas. Hoy hemos de aprender de nuevo a acoger la vida".



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento